

romano reyezuelos y jefes vecinos á la Macedonia; Pleurato, hijo de Scerdiledo; Amyndro, rey de los athamanos (1), y un jefe dardanio, llamado Baton, hijo de un tal Longaro, que había hecho por su cuenta la guerra á Demetrio, padre de Filipo. Estos venían á ofrecer recursos, y el Cónsul contestó que emplearía á los dardanios, y de Pleurato cuando su ejército entrase en Macedonia; á Amyndro le encargó que sublevase á los etolios. Al mismo tiempo habían llegado los legados, se les encargó decir á su señor que esperase la flota romana en Egina, donde invernaría, y que, después de Atalo, y de reunirse con ella, continuaría como antes la guerra marítima contra Filipo. Marcharon legados á exhortar á los rodios para que tomaran parte en las operaciones; y por su parte Filipo, después de su regreso á Macedonia, desplegaba grande actividad en sus preparativos; su hijo Perseo (2), aunque muy joven aún, marchó bajo la dirección de amigos seguros, que debían guiarle en su inexperiencia, á apoderarse, con una parte de las tropas, de los desfiladeros que desembocan en la Pelagonia. Sciathos y Peparetho (3), ciudades que no carecían de importancia, y que podían ofrecer á la flota enemiga conquista útil y fructuosa, fueron destruídas por orden del Rey; y los etolios quedaron vigilados por una legación encargada de impedir á aquel pueblo tan bullicioso que faltase á su fe á la llegada de los romanos.

Ya se había señalado día para una asamblea general

(1) La Athemania se encontraba entre el Epiro y la Tesalia.

(2) Tenía doce años.

(3) Dos islas del mar Egeo, reputadas, especialmente la segunda, por sus buenos vinos. Pertenecían á la Tesalia.

de los etolios (1), que debía celebrarse en Panetolio. Los legados del Rey aceleraron la marcha para acudir á ella, y no fué menos diligente el enviado del cónsul L. Furio Purpureo. También acudieron á la asamblea legados de Atenas. Escuchóse primeramente á los macedonios, que eran los aliados más recientes, y éstos declararon: «Que nada había cambiado, ni tenían ningún cambio que proponer: los mismos motivos que habían impulsado á los etolios á hacer la paz con Filipo, después de experimentar la inutilidad de una alianza con los romanos, debían ahora hacerles respetar aquella paz. ¿Preferiríais, dijo un legado, imitar á los romanos, no sé si decir en su insolencia ó en su ligereza? ellos, que en otro tiempo hacían contestar á vuestros legados en Roma: ¿Por qué venís á nosotros, etolios, cuando no nos habéis consultado para hacer la paz con Filipo? Hoy os piden que os marchéis con ellos en contra de este príncipe. Anteriormente, á causa de vosotros, por vosotros tomaron las armas contra él, al menos así lo fingían; hoy os prohíben estar en paz con Filipo. También para socorrer á Mesina abordaron por primera vez á Sicilia; la segunda, para libertar á Siracusa del yugo de los cartagineses. Y ahora Mesina, Siracusa y toda la Sicilia están en su poder; y aquella provincia, convertida en tributaria de los romanos, inclina la cerviz bajo sus haces y sus hachas. Tal vez al veros reunidos en Neupacta, en virtud de vuestras leyes, convocados por los magistrados que vosotros mismos habéis elegido y libres para elegir aliados y enemigos, para decidir por la paz ó por la guerra, tal vez creéis que

(1) Los etolios se reunían ordinariamente todos los años por el otoño en Thermus, ciudad muy rica; allí se celebraban juegos, y mientras duraban se realizaba mucho comercio.

los sicilianos pueden elegir también Siracusa, Mesina ó Lilíbea para reunirse. No; el pretor romano es quien dispone acerca de las convocatorias: por su orden solamente se reúnen los sicilianos; desde su tribuna dicta sus soberbias sentencias; no se presenta sino escoltado por sus lictores; las varas amenazan las espaldas; las hachas están levantadas sobre las cabezas, y cada año les envían un amo nuevo. ¿Deben asombrarse? ¿Lo pueden siquiera cuando ven todas las ciudades de Italia, Reggio, Tarento, Capua y tantas otras que no menciono, á las mismas puertas de Roma, sobre cuyas ruinas Roma se ha elevado, humillarse bajo el mismo yugo? Y Capua misma ¿es otra cosa que tumba y monumento fúnebre del pueblo campanio? ¿No han llevado á sus habitantes como muertos á tierra extranjera? Restos de ciudad, sin Senado, sin pueblo, sin magistrados; reunión informe, que ofrece á los que la habitan espectáculo más horrible que el mismo aniquilamiento. Locura es confiar en esos extranjeros; entre ellos y nosotros el lenguaje las costumbres y las leyes han levantado una barrera más insuperable que el mar y las tierras que nos separan. ¿Puede esperarse que una vez dueños del país dejen algo de lo que existe? ¿Os inspira temores por vuestra libertad el poder de Filipo? Y sin embargo, cuando pudo con justa razón mostrarse irritado con vosotros, solamente os pidió la paz, y hoy mismo solamente reclama que la paz jurada se mantenga. Dejad que esas legiones extranjeras se acostumbren á residir en Grecia, y labrad vuestro yugo; más adelante, cuando tengáis por amos á los romanos, en vano buscaréis la alianza de Filipo. Etolios, acarnanios y macedonios, nosotros que hablamos la misma lengua, podemos, por motivos fútiles, sepa-

rarnos un momento, después reunirnos de nuevo; pero con extranjeros, con bárbaros, todos los griegos están y estarán siempre en guerra. La Naturaleza, que es inmutable y no causas que pueden cambiar diariamente, les ha hecho enemigos. Concluyo como empecé. Aquí mismo, hace tres años, esta asamblea decretó la paz con Filipo, con profundo disgusto de esos mismos romanos que quieren perturbarla hoy que vuestros juramentos la han cimentado. No habiendo cambiado nada la fortuna á esta deliberación, no veo por qué razón habíais de cambiarla vosotros.*

Después de los macedonios, por consentimiento y hasta á petición de los romanos, se introdujo á los legados atenienses: el horror de sus sufrimientos robustecía sus justos ataques contra la crueldad y barbarie del Rey. Estos deploraron los espantosos estragos y desolación de sus campos. «No se quejaban, dijeron, de que su enemigo les hubiese tratado como á enemigos: la guerra tenía derechos, que lo mismo podían ejercerse que someterse á ellos. El incendio de las mieses, la destrucción de las viviendas, la confiscación de hombres y animales eran calamidades, antes deplorables que repugnantes para los que las soportaban. Pero de lo que se quejaban era de que aquel hombre, que trataba á los romanos de extranjeros y de bárbaros, hubiese pisoteado todas las leyes divinas y humanas. En su primera devastación había hecho guerra sacrilega á los dioses infernales; en la segunda á los dioses del cielo (1).

(1) Había ofendido á los dioses infernales derribando las tumbas, y á los celestiales derribando los templos. Refiere Polibio que un general de Filipo elevó en Naxos un altar á la Impiedad y la Injusticia; burla sacrilega que demuestra el desorden y corrupción de costumbres de aquel siglo.

Todas las tumbas y monumentos del Ática estaban destruídos; los manes de todos sus conciudadanos estaban privados de asilo; sus huesos no descansaban ya en el seno de la tierra. Tenían templos que sus antepasados, dispersos de aldea en aldea, habían consagrado en cada fuertecillo, en cada caserío, y que conservaron después de reunirse en una ciudad: Filipo había incendiado todos aquellos templos. Las estatuas de los dioses yacían medio quemadas y mutiladas entre las ruinas de sus santuarios. Lo que había hecho del Ática, comarca tan bella y tan rica en otro tiempo, lo haría, si podía, de la Italia y de la Grecia entera. La misma Atenas habría ofrecido igual espectáculo de desolación, si los romanos no hubiesen acudido á socorrerla. La impiedad de aquel hombre había osado atacar á los dioses tutelares de la ciudad, y á Minerva, protectora de la fortaleza, habiendo descargado también sobre el templo de Ceres, en Eleusis, y el de Júpiter y Minerva, en el Pireo. Rechazado por la fuerza de las armas lejos de sus templos, lejos también de sus murallas, había desencadenado su furor contra los edificios que no tenían otra defensa que la religión. Los atenienses rogaban, pues, y suplicaban á los Etolios que se compadeciesen de sus desgracias y se declarasen contra Filipo, puesto que tendrían con ellos á los dioses inmortales y además á los romanos, que después de los dioses eran los más poderosos.*

El legado romano habló entonces. «Los macedonios primero y los atenienses en seguida han trastornado el plan de mi discurso. Los macedonios, cuando iba yo á quejarme de las violencias que Filipo ha ejercido contra tantas ciudades aliadas de Roma, se han adelantado á inculparnos; por esta razón debo presentaros una

apología más bien que una acusación. Al recordaros los atenienses la larga serie de atentados y sacrilegios cometidos contra todos los dioses, ¿han dejado que yo ni nadie pueda formular acusación más grave? Esas mismas quejas, sabedlo bien, pueden lanzar Cianos, Abydos, Ænos, Maronea, Thasos, Paros, Samos, Larisa y hasta Mesenia, la Mesenia de Acaya; y hasta os denunciarían crímenes más repugnantes y atroces si Filipo hubiese tenido más medios para perjudicarlas. En cuanto á las censuras que nos dirigen, si no son otros tantos títulos de gloria, confieso que renunció á nuestra justificación. Ha hablado de Reggio, de Capua, de Siracusa. Reggio recibió en sus murallas, durante la guerra de Pirro, una legión nuestra, que los mismos habitantes pidieron para su defensa: aquella legión, en vez de proteger la ciudad, se apoderó de ella por inicua traición. ¿Aprobamos aquel atentado? ¿No perseguimos con nuestras armas á aquellos soldados criminales? Y cuando cayeron en nuestro poder, cuando expiaron bajo las varas y el hacha su perfidia con nuestros aliados, ¿no devolvimos á los habitantes de Reggio su ciudad, sus tierras, todos sus bienes, así como también sus leyes y su libertad? Siracusa gemía bajo el yugo de tiranos extranjeros, cosa indigna; la socorrimos; soportamos cerca de tres años de fatigas, por tierra y por mar, para sitiar aquella poderosa ciudad; y cuando los siracusanos, que se habían resignado á vivir como esclavos, más bien que á rendirse á nosotros, cedieron al fin á nuestras armas y se libertaron del yugo, ¿no les devolvimos su ciudad? Convengo en que la Sicilia es provincia nuestra; aquellas ciudades tuyas que abrazaron la causa de Cartago y que unieron su odio con el de nuestros enemigos para hacernos la guerra, nos

pagan hoy tributos é impuestos. Lejos de negarlo, queremos haceros saber, como á todas las naciones, que la suerte de cada pueblo depende de su conducta con Roma. En cuanto al castigo de los campanios, cuando ellos mismos no se atreven á quejarse, ¿podremos deplorarlo nosotros? Por ellos sostuvimos con los samnitas cerca de setenta años de guerra, frecuentemente desastrosa para nosotros; tratados, matrimonios, uniones de familia, derechos de ciudadanía, todo lo hemcs empleado para unirlos con nosotros; y en el momento de nuestras desgracias, ellos fueron los primeros de todos los pueblos de Italia que nos hicieron traición, degollando cobardemente á la guarnición romana y entregándose á Annibal. Más adelante, ellos fueron también los que, furiosos al ver que los sitiábamos, enviaron á Annibal contra Roma. Si nada quedase de Capua, si no sobreviviese ni uno solo de sus habitantes, nadie podría extrañar tan legítima venganza. El convencimiento de sus crímenes llevó á darse la muerte á muchos más de los que entregamos nosotros á los suplicios. En cuanto á los demás, si les hemos quitado su patria y su territorio, al menos les hemos dado tierras y un asilo; la misma ciudad, inocente de sus culpas, la hemos dejado subsistir, y quien la vea hoy no dirá que fué sitiada y tomada por asalto. ¿Pero á qué hablar de Capua? Vencida Cartago, ¿no ha obtenido de nosotros la paz y la libertad? Así, pues, todo lo que podemos temer es que tanta clemencia con los vencidos aliente con frecuencia á probar contra nosotros la fortuna de los combates. Nada añadiré para nuestra defensa, nada contra Filipo: los parricidios de ese rey han manchado su palacio; los asesinatos de sus parientes y de sus amigos, sus orgías más monstruosas aún que su cruel-

dad, mejor los conocéis vosotros que nosotros, porque sois más vecinos de la Macedonia. Volvamos á lo que os concierne, etolios: por interés vuestro emprendimos la guerra contra Filipo, y, sin consultarnos, hicisteis vosotros la paz. Tal vez diréis que, viéndonos ocupados en combatir á los cartagineses, cedisteis al temor y recibisteis la ley que os imponía el más fuerte. Nosotros también, estrechados por enemigos más temibles, descuidamos á nuestra vez esta guerra, á la que vosotros renunciasteis. Pero hoy que la bondad de los dioses ha puesto fin á la guerra púnica, hemos desplegado todas nuestras fuerzas para abrumar á la Macedonia, y os ofrecemos ocasión de restablecer los lazos de alianza y amistad que nos unen, á menos que prefiráis perecer con Filipo á triunfar con los romanos.

El discurso de Furio hacía inclinarse los ánimos en favor de los romanos, cuando Damócrito, pretor de los etolios, corrompido, según se dice, por el oro de Filipo, sin decidirse por ningún partido, declaró que en los asuntos de grande importancia, nada era tan funesto como la precipitación, á la que seguía el arrepentimiento, aunque siempre tarde é inútilmente, no pudiendo revocarse ni discutirse ya una resolución tomada de prisa. En cuanto al asunto actual, si tenían el propósito de llevarlo á su madurez, podían desde luego señalar la época de su deliberación. Las leyes prohibían votar la guerra ó la paz en otra parte que en el Panetolico ó Pilaico, no tenían más que decidir en el acto que el pretor convocase lealmente una asamblea cuando quisieran proponer la guerra ó la paz; y cuantas resoluciones se discutiesen y adoptasen en esta reunión, serían tan legales y valederas como si emanasen del Panetolico ó Pilaico. De esta manera quedó la cuestión

en suspenso, se retiraron los legados, y Damócrito se lisonjeó de haber obrado en interés de los etolios, porque quedaron libres para decidirse por el partido en cuyo favor se declarase la fortuna. Tal fué el resultado de la asamblea de los etolios.

Filipo impulsaba activamente por mar y tierra sus preparativos de guerra, reconcentrando sus fuerzas navales en Demetriades en la Tesalia. Previendo que Atalo y la flota romana abandonarían Egina al comenzar la primavera, encargó á Herecliades el mando de sus naves y de las costas, como lo hizo anteriormente, ocupándose él mismo en reunir sus tropas de tierra, congratulándose por haber quitado á los romanos dos auxiliares poderosos, los etolios por un lado, y por otro los dardanos, porque había hecho que su hijo Perseo cerrase las gargantas de la Pelagonia. El Cónsul no preparaba la guerra, sino que ya se había puesto en campaña y guiaba su ejército por la Dassarecia, llevando con él, pero sin tocarlo, el trigo que había sacado de sus cuarteles de invierno; porque el país bastaba para la manutención del soldado. La mayor parte de las ciudades y de los pueblos se sometieron voluntariamente ó por temor; forzaron algunos; otros los encontraron abandonados por los bárbaros, que se habían refugiado en las montañas inmediatas. El Cónsul se detuvo algún tiempo en Lynco, cerca del río Beuo, desde donde sus merodeadores iban á saquear los graneros de los dassarecios. Filippo veía extenderse en derredor suyo la desolación, y profundo terror se apoderó de los habitantes; pero ignorando hacia qué lado se había inclinado el Cónsul, envió una turma de caballería para que reconociese el camino que había tomado el enemigo. En igual incertidumbre se encontraba

Sulpicio: sabía que el Rey había dejado sus cuarteles de invierno; pero ignoraba por qué lado avanzaba, y había enviado también jinetes á la descubierta. Los dos destacamentos, partidos de lados diferentes, después de vagar por mucho tiempo en la Dassarecia sin conocer su dirección, concluyeron por encontrarse, quedando enterado uno y otro de la proximidad del enemigo por el ruido de hombres y caballos que se oía á lo lejos. Así, pues, mucho antes de encontrarse, estaban preparados para el combate, y en cuanto se vieron, se atacaron con furor, siendo iguales en número y ardimiento. Por una y otra parte eran lo mejor del ejército, y, durante algunas horas, lucharon con igualdad, cesando el combate por el cansancio de los jinetes y los caballos, pero sin que quedase decidida la victoria. Después de perder cuarenta hombres los macedonios y treinta y cinco los romanos, regresaron unos con Filippo y otros con el Cónsul, sin que ni uno ni otro tuviesen mejores datos sobre su posición respectiva. Estas noticias las consiguieron por los transfugas, gentes fáciles de explotar por los que quieren en la guerra sorprender los secretos del enemigo.

Creyendo Filippo que aumentaría la adhesión de sus soldados y su decisión para arrostrar por él los peligros, si cuidaba de hacer enterrar los cadáveres de aquel encuentro, mandó que los llevasen al campamento, para que todos pudiesen contemplar la pompa de sus funerales. Nada hay tan incierto é inexplicable como los caprichos de la multitud: lo que parecía que había de hacerles afrontar con mayor decisión todos los peligros, les infundió terror y desaliento. Hasta entonces solamente habían visto heridas de pica y de flecha y rara vez de lanza, acostumbrados como esta-

ban á no combatir más que con los griegos é ilirios; pero ante aquellos cadáveres mutilados por la espada española, brazos cortados, cabezas completamente separadas del tronco, entrañas descubiertas, y otras muchas heridas igualmente terribles, pensaban con espanto con qué armas y qué hombres iban á encontrarse. El miedo se comunicó al mismo Rey, porque nunca había sostenido contra los romanos una batalla campal. Llamó, pues, con objeto de reforzar su ejército, á su hijo y las tropas que guardaban las gargantas de la Pelagonia, y de esta manera abrió á Pleurato y los dardanios la entrada de la Macedonia. En seguida partió, guiado por los tránsfugas, con veinte mil hombres de infantería y cuatro mil caballos; avanzó contra el enemigo y acampó á poco más de doscientos pasos del campamento romano, en una eminencia cercana de Athaco, donde se rodeó de un foso y una empalizada. Dicese que le admiró el aspecto del campamento romano, que dominaba desde la altura, tanto por su magnífico conjunto, como por la distribución ordenada de cada parte, la alineación de las tiendas y anchura de las calles; declarando que seguramente aquel no era un campamento de bárbaros. Durante dos días el Cónsul y el Rey permanecieron en sus fortificaciones esperando mutuamente. Al tercero el Cónsul sacó sus tropas y las formó en batalla.

Temiendo Filippo comprometer un combate general, en el que todo se decide en un momento, destacó cuatrocientos tralos (pueblo ilirio, como ya dijimos) y trescientos cretenses; unió á aquella infantería igual número de jinetes, y los envió bajo el mando de Athenágoras, varón de su corte, á hostigar la caballería romana. El cónsul, que había formado su línea de batalla á poco

más de quinientos pasos, mandó avanzar los vélites y casi dos turmas de caballería, con objeto de oponer al enemigo igual número de infantes y caballos. Las tropas del Rey esperaban un combate como los que conocían, creyendo que habría alternativas de ataques y retiradas; que la caballería lanzaría sus venablos y en seguida volvería bridas; que entonces les serviría mucho la agilidad de los ilirios para correr tras de los romanos y atacarles bruscamente, mientras que los cretenses tendrían con sus flechas los desordenados ataques del enemigo. Esta táctica quedó desconcertada por el choque impetuoso y encarnizado de los romanos, que combatieron como si la batalla hubiese sido general. Los vélites, después de lanzar sus venablos, empuñaron las espadas y vinieron á las manos de cerca; los jinetes, llegando á las líneas enemigas, pararon los caballos, unos para pelear montados, otros para echar pie á tierra y unirse á la infantería. Así, pues, caballería contra caballería, la del Rey llevaba la peor parte, no sabiendo pelear á pie firme, y en cuanto á su infantería, como estaba acostumbrada á voltejar y á correr de un lado á otro, casi desnudos bajo sus armas, no podían resistir á los vélites romanos, que con la espada y el escudo estaban tan bien armados para la defensa como para el ataque. Así fué que los macedonios no opusieron resistencia y buscaron la salvación en la fuga, replegándose hacia su campamento.

Después de un día de intervalo, el Rey, que había decidido comprometer toda su caballería y tropas ligeras, emboscó durante la noche, en paraje favorable para una sorpresa, entre los dos campamentos, un cuerpo de soldados armados con la cetra (1) y llamados

(1) Escudo de cuero.

peltastos. Mandó á su general Athenágoras y la caballería ensayar un ataque abierto, y, si triunfaban, aprovechar la ventaja, y si no, retroceder poco á poco para atraer al enemigo á la emboscada. La caballería retrocedió en efecto, pero los jefes de los peltastos no esperaron la señal, presentándose antes de tiempo y perdiendo así la ocasión de conseguir un triunfo. Los romanos volvieron á su campamento después de haber vencido en la llanura y haberse librado del lazo que les tendían. Al día siguiente dispuso el Cónsul todas sus tropas en batalla, colocando delante de sus líneas algunos elefantes. Era la primera vez que los romanos empleaban aquellos animales, de que se habían apoderado en la guerra púnica. Viendo que el enemigo permanecía escondido detrás de sus fortificaciones, acercóse el Cónsul burlándose de su cobardía, pero no pudo arrastrar á Filipo al combate; y como la proximidad de los campamentos no permitía forrajear con seguridad, y los soldados romanos, dispersos por los campos, podían quedar envueltos de pronto por la caballería macedónica, marchó á ocho millas de allí para poner á sus forrajeros al abrigo de toda sorpresa, estableciendo el campamento en un paraje llamado Ortholopho. Mientras los romanos estuvieron en las cercanías, Filipo permaneció en su campamento, con objeto de alentar á la vez su negligencia y audacia. En cuanto les vió alejarse, salió á la cabeza de toda su caballería y de sus auxiliares cretenses, marchó con toda la rapidez posible á una infantería muy ágil que seguía á la caballería á la carrera, y se situó entre el campamento y los forrajeros. Allí dividió sus tropas y envió parte de ellas en persecución de los romanos dispersos, con orden de no perdonar ninguno; conservando las restantes para ce-

rrar todos los caminos por donde podía el enemigo regresar á su campamento y muy pronto quedaron todos degollados ó fugitivos, sin que nadie hubiese podido aún llevar al Cónsul noticia de aquel desastre. Todos los fugitivos caían en manos del Rey, matando las tropas que cerraban los caminos más que las que recorrían los campos. Al fin escaparon algunos por entre los puestos enemigos, pero llegaron temblando y llevando al campamento más alarma que noticias ciertas.

El Cónsul mandó en seguida á su caballería que marchase á socorrer á sus cotapañeros por todas partes donde pudiese, y él mismo salió del campamento con las legiones y marchó al enemigo en hueste cuadrada. Los jinetes se dispersaron por la llanura: unos se extraviaron, engañados por los gritos que brotaban por todos lados: otros encontraron al enemigo y se trabó el combate sobre muchos puntos á la vez, siendo especialmente sangriento en el puesto que se encontraba el Rey. Allí eran muy numerosas la caballería y la infantería, formando casi un ejército completo; y como ocupaban el centro del camino, allí dirigieron sus esfuerzos la mayor parte de los romanos. Daba superioridad á los macedonios el hecho de animarles el Rey con su presencia, y que los auxiliares cretenses, formados en cuadro y dispuestos á recibir el primer choque, lanzaron de pronto una lluvia de flechas sobre los romanos dispersos y en desorden. Si hubiesen sabido moderarse en la persecución, habrían conseguido la victoria y hasta la ventaja de triunfar en la guerra. Pero el ardor de la matanza les llevó demasiado lejos, y encontraron las cohortes romanas, que se habían adelantado á las órdenes de los tribunos militares. Los jinetes que huían, en cuanto vieron las enseñas romanas, volvieron contra el ene-

migo desordenado: en un momento cambió de aspecto el combate, y los que perseguían huyeron á su vez, pereciendo unos peleando, otros en la fuga, y si no cayeron todos bajo los golpes de los romanos, fué porque muchos se arrojaron á los pantanos, sepultándose con sus caballos en las profundidades del lodo. El mismo Rey corrió peligro; su caballo, que había sido herido, cayó, derribándole, y estuvo á punto de quedar prisionero: salvóle un jinete, que saltó rápidamente de su caballo, levantó al Rey tembloroso y le colocó en su puesto. En cuanto á él, no pudiendo seguir á los que huían á caballo, cayó atravesado por los golpes de los que habían acudido al ver caer al Rey. Filipo, en su terror, escapó á toda brida á través de los pantanos, practicables ó no, y llegó al fin á su campamento, cuando la mayor parte de sus soldados desesperaban ya de volver á verle. Doscientos jinetes macedonios perecieron en el combate; quedaron prisioneros cerca de ciento y llevaron al campamento romano, con los despojos de los vencidos, ochenta caballos enjaezados.

Hase dicho que aquel día mostró el Rey demasiada temeridad, y el Cónsul muy poca energía; que Filipo debió permanecer tranquilo, sabiendo que todo el campo de alrededor estaba devastado y que al cabo de pocos días los romanos se verían reducidos á la mayor escasez; que, por su parte, el Cónsul, después de haber derrotado la caballería y tropas ligeras del enemigo, y estado á punto de apoderarse del mismo Rey, debió marchar directamente al campamento de los macedonios; porque, en la consternación en que se encontraban, no habrían esperado y podía haber terminado la guerra aquel día. Todo esto es más fácil de decir que de hacer, como ordinariamente sucede. En efecto, si

toda la infantería real hubiese tomado parte en el combate, tal vez en medio del tumulto, cuando los macedonios, vencidos y rechazados por el terror del campo de batalla hasta sus empalizadas, hubiesen visto al enemigo victorioso atravesarlas con él, habría corrido riesgo su campamento de caer en manos de los romanos. Pero toda la infantería había quedado en el campamento; las puertas estaban guardadas, y defendidas las fortificaciones; ¿qué habría ganado el Cónsul en imitar la imprudencia del Rey, que se había lanzado en desorden á perseguir los jinetes romanos? La primera idea del Rey, la de atacar á los forrajeros dispersos por la llanura, no habría sido ni siquiera censurable, si no hubiese querido llevar demasiado lejos sus ventajas. Y tanto menos debe extrañar su resolución de probar fortuna, cuanto que se hablaba de una invasión de Pleurato y los dardanios en Macedonia al frente de considerables fuerzas. Si de esta manera se había dejado envolver Filipo por todas partes, podía creerse que los romanos terminarían la guerra sin combatir. Así fué que, después de este doble fracaso, creyendo Filipo que no se encontraba seguro en aquella posición, decidió decampar, engañando al enemigo acerca de su marcha. Al efecto, al obscurecer envió al Cónsul un parlamentario para pedirle una tregua con objeto de enterrar á los jinetes que había perdido; y, engañando de esta manera á los romanos, partió silenciosamente en la segunda vigilia, dejando muchas hogueras encendidas en toda la extensión del campamento.

Comiendo estaba el Cónsul cuando le anunciaron la llegada del parlamentario y el objeto de su misión; y se limitó á contestar que á la mañana siguiente tendrían tiempo para hablar. Esto era todo lo que deseaba

Filipo, que tuvo toda la noche y parte del día siguiente para adelantarse, penetrando en las montañas, donde estaba seguro de que no le perseguirían los romanos, demasiado pesadamente armados. Al amanecer despidió el Cónsul al parlamentario, concediendo la tregua, y poco después conoció la marcha del enemigo; pero, no sabiendo por dónde perseguirle, permaneció en su campamento, destinando algunos días á hacer provisiones. En seguida marchó á Stuberá é hizo reunir allí todos los trigos que había en los campos de la Pelagonia. Desde aquel punto marchó hasta Pluvina, sin saber todavía qué dirección había tomado el enemigo. Filipo acampó primeramente en Bryania; en seguida marchó por caminos de travesía á producir una alarma á los romanos, que se alejaron en seguida de Pluvina, estableciéndose en las orillas del Osfago. El Rey se situó á corta distancia y se fortificó también en las orillas de un río llamado en la comarca Erigono. Pero comprendiendo que los romanos se dirigirían á Eordea, se adelantó para apoderarse de los desfiladeros é impedir que el enemigo forzase la entrada de la provincia, atravesando aquellas estrechas gargantas. Allí levantó empalizadas, cavó fosos, amontonó piedras en forma de murallas y derribó árboles, siguiendo lo que pedía el terreno ó ateniéndose á la naturaleza de los materiales; en un momento se rodeó de fortificaciones, y creyó, construyendo defensas en todas las salidas, haber hecho impracticable aquel paso, naturalmente muy difícil. Casi todas las cercanías estaban cubiertas de bosque, cosa muy desfavorable á la falange macedónica, porque este cuerpo, si no puede formar con sus largas picas una especie de muro de hierro delante de los escudos (porque para esto necesita llanura despejada), es incapaz de

prestar ningún servicio. Tampoco podían los tracios hacer uso de sus romfeas (1), que también son extraordinariamente grandes, y que chocaban por todas partes con las ramas. Solamente podían ser útiles los cretenses; pero este cuerpo, tan temible en un ataque en que el jinete y el caballo se presenten descubiertos á las flechas, no tenía eficacia contra los escudos romanos, que, demasiado fuertes para ser traspasados, nada dejaban descubierta que sirviese de blanco. Así fué que, en cuanto reconocieron la inutilidad de aquel arma, atacaron al enemigo con piedras que se encontraban desparramadas en el valle. El choque en los escudos de aquella granizada de proyectiles, más sonoros que peligrosos, detuvo algún tiempo á los romanos á la entrada del desfiladero; pero muy pronto arrostraron también aquellas nuevas armas: unos, formando la tortuga, se abrieron paso á través del enemigo; otros, por medio de ligero rodeo, llegaron á la cumbre de la montaña, cayeron sobre los puestos macedónicos; desconcertados por aquel ataque, los desemboscaron, y como el terreno estaba lleno de obstáculos y la fuga era difícil, los mataron á casi todos.

Forzado el paso con menos trabajo del que se había supuesto, penetró el ejército en la Eordea, y, después de haber talado todo el campo, se retiró á Elimea. En seguida se lanzó sobre el Orestida y atacó la plaza de Celetro, situada en una península. Un lago rodea las murallas, y no se puede llegar desde tierra firme más que por estrecha calzada. Fuertes los habitantes por su posición, cerraron primeramente las puertas y se negaron á rendirse; pero cuando vieron á los romanos

(1) Alfanje muy grande para manejarlo con las dos manos.